

males sociales de los segundos, pues todos son “predicadores de ese mundo al revés y carnalesco” (p. 88).

No es fácil encontrar en libros especializados como es éste la conjunción del análisis detallado, el rigor académico y el entretenimiento, elementos que inevitablemente traen a la mente la vieja máxima de enseñar y deleitar. María José Rodilla lo dedica a sus estudiantes: el rescate y escrutinio de obras poco conocidas, aunados al conocimiento palpable de la investigadora son muestras claras de su labor de guía que va más allá del salón de clase. Y es que no se trata de ensayos que sólo tienen en común la época en que se produjeron, su localización geográfica o sus temas relacionados. Se complementan, además, con la tradición literaria de la que provienen y con finas comparaciones entre ellos. Asimismo, revelan la intención de su autora de ofrecer unas piezas más para ayudar a desbrozar y a la vez seguir armando el complicado rompecabezas que significan los llamados estudios coloniales.

MARÍA ÁGUEDA MÉNDEZ  
El Colegio de México

SEBASTIAN NEUMEISTER (ed.), *Baltasar Gracián: Antropología y estética. Actas del II Coloquio Internacional (Berlín, 4-7 de octubre de 2001)*. Edition Tranvía-Verlag Walter Frey, Berlín, 2004; 336 pp.

2001 fue el año del cuarto centenario del nacimiento de Gracián. Como no podía ser menos, con este motivo se organizaron diversos congresos y coloquios en torno a su obra. Este libro recoge los frutos del celebrado en Berlín, que ya contaba con un antecedente en 1988. Los trabajos están divididos en cuatro secciones: I: El pensamiento de Gracián; II: En cuerpo y en alma (sobre la antropología graciana); III: Gracián en sus contextos, y la algo vaga IV: Gracián y la vida. Antes, sin embargo, el volumen se abre con un texto del padre Miguel Batllori titulado “Medio siglo largo con Gracián”, un aleccionador repaso biobibliográfico de este gracianista pionero, fallecido poco tiempo después (en la portada de sus memorias, *Recuerdos de casi un siglo*, El Acantilado, Barcelona, 2001, aparece una fotografía suya con una imagen del autor de *El criticón* al fondo, y es justo, pues Gracián fue en efecto la compañía de toda una vida y, como señala en estas páginas, un modelo en muchos sentidos).

La primera parte comienza con el trabajo de Mercedes Blanco, “Gracián y el método”, en el que a partir de la idea de éste se formula una lectura de la obra graciana como propuesta de un método cuyo fin básico sería la formación de personas (con todo el significado

que el jesuita atribuía a dicha palabra) y del que la agudeza vendría a ser la clave o, como dice la autora, “el método del método” (p. 57). La propuesta es interesante, aunque el uso del concepto de “método”, aplicado a Gracián, no esté exento de problemas (éste remite naturalmente a Descartes, y Blanco comienza por citar su definición para inmediatamente ampliarla y poder hacer así un uso más libre de él y aplicarlo primero a Loyola y luego a Gracián; sin embargo, parece claro que Descartes continúa siendo el punto de referencia inevitable a lo largo de todo el trabajo). Gerhard Poppenberg, en “Pasto del alma, alimento del espíritu. Acercamiento al sistema de la *Agudeza*”, a contracorriente de la opinión común que ve en Gracián sólo un precursor de la noción de gusto vigente a partir del siglo XVIII, propone que el jesuita aragonés se encuentra a medio camino entre ésta y la idea religiosa del gusto espiritual, basada en el sacramento de la eucaristía; dicha idea habría tenido un papel fundamental en los conceptos de ingenio y agudeza. Manfred Hinz, en su trabajo “Agudeza y *Progymnasmata*”, resalta la importancia que tuvieron estos ejercicios retóricos en el ascenso de la estética de la agudeza y en particular en la elaboración del tratado graciano.

Los trabajos reunidos en la segunda parte centran su atención fundamentalmente en dos libros, dos extremos de la obra graciana, *El criticón* y *El comulgatorio*, la gran alegoría profana y la íntima meditación religiosa. Del primero, Carlos Vaíllo (responsable de una edición reciente de la novela) examina las principales tipologías antropológicas y morales, desde las más generales (edades, humores, nacionalidades, etc.) hasta las más particulares de índole satírica; del segundo, Aurora Egido, cuya erudición en materia graciana está por demás recordar aquí, hace una profunda lectura en torno al lenguaje de los afectos y las imágenes, remarcando aquello que emparenta al Gracián del *Comulgatorio* con tradiciones más bien alejadas de sus otras obras como la ascética y la mística (por otra parte, una de las cuestiones más sugerentes que plantea su trabajo es la de hasta qué punto este libro fue escrito para congraciarse con la Compañía por las suspicacias que habían despertado sus obras profanas). Elena Cantarino, en “De la anatomía de las pasiones a la antropología de la razón. (Notas sobre las pasiones en Gracián)”, lleva a cabo un repaso de las pasiones que aparecen en *El criticón* según las edades del hombre, pero destaca que, lejos del lugar común que quiere ver en su autor a un pesimista o un escéptico consumado, el jesuita siempre mantuvo su confianza en los poderes de la razón. Uno de los trabajos más originales del conjunto es el de Georg Eickhoff, “El cuerpo de Gracián —una interpretación somática del *Comulgatorio*”; comienza recordando la reflexión lacaniana sobre los aspectos antropofágicos de esta obra (evidentes, por otro lado, como en todo aquello que tiene que ver con la eucaristía) y en su parte central propone un útil

diccionario sacro-somático para mostrar la importancia del lenguaje del cuerpo en *El comulgatorio*; parece más difícil seguir al autor en el apartado titulado “La metáfora invertida: el católico como *cyborg*”, en el que, a partir del tamaño y la manualidad de la edición original del libro (en el prólogo, Gracián expresaba su deseo de que “le pueda llevar cualquiera o en el seno o en la manga”), Eickhoff escribe: “De la misma manera que el usuario de un celular, el católico que usa el libro móvil de Gracián se transforma en un *cyber organism* o *cyborg*... El *Comulgatorio* en la manga... transformó al católico en *cyborg* mucho antes de la invención del *wearable computer*” (p. 189). A nadie parecerá mal que el mundo de la tecnología amplíe el repertorio de nuestras metáforas, pero en este caso no estoy seguro de que realmente ayude a un mejor entendimiento de la obra en cuestión (resta su valor como juego de ingenio, claro, sobre lo que el autor de la *Agudeza* seguramente habría tenido algo que decir). Por su parte, Felice Gambin, en “La melancolía en *El criticón*: manjar de los discretos hacia la Isla de la Inmortalidad”, estudia el fecundo tema del humor melancólico (por ser sin duda el atribuido a los estudiosos, éste ha atraído mucho más la atención de la crítica que el colérico, el flemático y el sanguíneo) en dicha obra de Gracián, resaltando las diferencias con los lugares comunes asociados a este temperamento y las características positivas que poseía para el jesuita. Por último, Benito Pelegrín, en “Del efecto al afecto. Gracián, de Lorenzo a Baltasar, de la *Agudeza* al *Comulgatorio*”, con base en la distinción entre autor profano y autor religioso, examina las relaciones entre el efectismo estilístico y la afectividad en estas dos obras.

En la tercera sección, “Gracián en sus contextos”, se reúnen los trabajos de Christoph Strosetzki, Bertrand Levergeois y Enrica Cancelliere. El primero es un meticuloso repaso del escepticismo en Gracián, cuya importancia en el pensamiento del jesuita no parece dejar lugar a dudas, aunque quizá no sea tan radical como dan a entender las conclusiones del estudio; el segundo, “Bruno et Gracián. Corrélations”, establece una curiosa confrontación entre Gracián y el nolano, sobre todo a partir de sus concepciones del héroe, ciertamente muy diferentes; el tercero, por último, estudia las relaciones, más familiares para los gracionistas, entre Góngora y el aragonés en torno a la metáfora (es verdad que algún lector podría sorprenderse frente a la definición de las *Soledades* como “la obra de la metáfora vertiginosa que se hace estructura poética proliferante”, o la del *Polifemo* como “máximo ejemplo de «omnicontextualidad orgánica»”, p. 287, y preguntarse hasta qué punto un lenguaje como éste ayuda a comprender mejor la ya de por sí ardua obra gongorina).

El libro se cierra con la sección “Gracián y la vida”, que incluye dos trabajos. En el primero, “Sustancia y apariencia: el pavo real de Gracián”, Sebastian Neumeister estudia el tema archibarroco del ser

y el parecer centrado en la fábula del pavón contenida en el capítulo 13 de *El Discreto*; en el segundo, Markus Kerber reflexiona sobre la naturaleza de la antecámara del poder a la luz del pensamiento político de Gracián.

En conclusión, estas actas son una buena muestra de la diversidad y las tendencias actuales de los estudios gracianos. No sólo el especialista, para quien sin duda resultarán indispensables, sino el lector interesado en Gracián como uno de los autores fundamentales de los Siglos de Oro, encontrará en ellas varios trabajos de interés. No deja de ser una pena que el loable esfuerzo que implica la publicación de unas actas se vea empañado en este caso por un incomprensible número de erratas, desde prácticamente la primera página hasta la última (en el sumario con que se abre el libro, en efecto, el trabajo de Benito Pelegrín aparece en el apartado III: Gracián en sus contextos, cuando en realidad, como se indica en el prólogo, pertenece al II; en la última página, en el índice onomástico, Jaime Vicens Vives, citado un par de veces por el padre Batllori, aparece transformado en ni más ni menos que Juan Luis Vives; entre una y otra hay muchas más, particularmente ortográficas). Sin embargo, Gracián sabía bien lo difícil que era “no tener algún desdoro” (*Oráculo manual*, 23).

PABLO SOL MORA  
El Colegio de México

DIEGO MARTÍNEZ TORRÓN (ed.), *Sobre Cervantes*. Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2003; 272 pp.

Los miembros del grupo de investigadores *Andalucía Literaria* de la Universidad de Córdoba componen este volumen colectivo. Si bien el título, *Sobre Cervantes*, es lo suficientemente general como para abordar diferentes aspectos del autor, en las colaboraciones predomina un tono particular y quizá involuntario: el interés por la recepción del *Quijote* desde los años inmediatos a la publicación de la obra y hasta los primeros años del siglo xx. Contra lo que anuncia el título, en cambio, la mayor parte de la obra cervantina no ha sido tema de colaboración alguna. Hay en este texto, como hace notar Diego Martínez Torrón, ciertos distanciamientos de las convenciones propias de los estudios académicos habituales, como la “perspectiva lírica” con que el grupo ha tratado la obra de Cervantes, o la distinción de los colaboradores entre “poetas y profesores” y “estrictamente filólogos”; en cuanto a la distribución de los artículos, tres autores incluyen más de uno. No se trata, pues, de un volumen tradicional, y la advertencia es conveniente.